

dísticas muy demostrativas. El Colegio de Barcelona tuvo el gran acierto de difundir la gráfica de este pavoroso incremento de licenciados en nuestra Facultad. Nosotros trazamos entonces la gráfica de la Facultad madrileña. Tenemos, en efecto, un exceso de profesionales que se acusa con gran elocuencia en el contingente de opositores al más modesto cargo; en el aumento vertiginoso de las listas de los colegios médicos; en la invasión de los médicos no ya en las capitales, atraentes siempre por claras razones, sino hasta en los pequeños pueblos donde ya se plantea la cruel colisión entre el titular y el "médico-cuña", que reclama su derecho al ejercicio libre entablando desigual competencia con lucha de tarifas en los igualados.

*Las especialidades médicas no han resuelto el problema de la plétora*

Durante algún tiempo, la crisis por plétora profesional creyó derivarse ventajosamente por el camino de las especializaciones médicas. Los especialistas en todas las ramas se multiplicaron rápidamente por todos los puntos del país. Los prestigios de la Corte saben muy bien de esta locura carioquinética de las especializaciones. La impetuosa corriente de enfermos a Madrid se ha partido en multitud de arroyuelos que hoy se dirigen a regar las diversas vegas regionales. Hematólogos, dermatólogos, oftalmólogos, pediatras, puericultores, fimatólogos, etc., se extienden hoy por todas partes. Muchos con probada competencia adquirida junto a maestros del país o del extranjero. Otros, no pocos, con documentación escasa y grandes necesidades de vivir. El principio económico de división del trabajo, provechoso sin exageraciones, presenta una tendencia a pulverizar la Medicina desmembrando cada día la especialidad de moda. Ya hay quien se llama "diabetólogo", insulinólogo, reumatólogo, cirujano estético. No tardarán en aparecer especialistas en corizas, en espasmos pilóricos, en amputaciones sesamoideas. Se marcha hacia la especialización en tornillos germanos como si hubiera dentro de la infinita variabilidad orgánica un solo engranaje fabricado en serie.

¿Es aventurado pensar que esta especialización forzada en busca de un posible ejercicio de la profesión, cada día más difícil por la plétora, conduce a un quebranto de la ética? Bien fácil nos sería aducir dolorosos testimonios de certeza, porque la casuística no deja de ser abundosa.

*Paradoja de la plétora*

Deprime el ánimo contemplar cómo sobre todos los que, más o menos estrechamente, van al fin ejerciendo, cuéntanse los que no encuentran ni aún la ocasión de empezar a ejercer. Y, en tanto, España carece de un servicio médico-escolar que establezca en íntima colaboración del médico y del maestro las bases para una verdadera obra eugénica, para una amplia higiene y prosperidad de la raza. Dos, diez, veinte médicos escolares en cada gran capital, no llegarían a afirmar que se tuviese creado este servicio sino de un modo embrionario. Y lo mismo decimos de la organización sanitaria del trabajo. En cada fábrica, en cada taller, precisa la intervención de un médico sanitario. Pero, además: ¿están suficientemente atendidos los servicios profilácticos nacionales en sus diferentes aspectos?: ¿los de puericultura, los de sifiliografía, los de la asistencia hospitalaria de las llamadas beneficencias públicas? ¿Cuenta todavía España con las necesarias instituciones sanatoriales para la asistencia de sus tuberculosos? ¿Hay suficiente con lo creado, para hacer frente a la plaga del cáncer? ¿Puede persistir la medrada y